

les ó casi iguales. Este lugar, en que deben permanecer hasta la resurreccion, está entre el cielo y el infierno; pero Abrimán no puede acercarse á él¹.

Las creencias de los Tibetanos, sobre el estado de las almas despues de la muerte, en nada se diferencian de las de los otros pueblos. Su paraíso, así como su infierno, se compone de muchas mansiones; sola la última es eterna². La misma doctrina reina en la India³, la China y en Tonquin, donde se ofrecen⁴, como en el Japon⁵, sacrificios por los muertos. Se ofrecian del mismo modo entre los Indios Tzapótecas⁶.

Así nada hubo jamas que echase por tierra la

¹ ANQUETIL DU PERRON, *Mém. de l'Acad. des Inscript.*, tom. LXIX, p. 267—270.

² *Alphabet tibetan.*, tom. I, p. 182 y 185.

³ *Histoir. des Dieux orient.*, cap. XI y XII. — *L'Esour-Vedam*, t. I, p. 500 y sig., y tom. II, p. 120 y 122. — El Juez de los muertos es llamado *Yama* por los Hindús.

⁴ *Voyage au Tonquin.*, tom. I, p. 220. — Los Tonquineses flaman al paraíso *Toa-sen*, sitio de las flores; y al infierno, *Nguc*, caverna grande de donde no se puede salir.

⁵ *Parallèle des Relig.*, t. I, part. I, p. 436.

⁶ M. DE HUMBOLDT, *Vues des Cordillères et monum. de l'Amérique*, t. II, p. 279.

fe del género humano, ni sus esperanzas. En todas partes la virtud levanta con gozo al cielo sus miradas, donde recibirá su recompensa, y el mismo crimen no se atreve á negar el suplicio que le espera. Una fuerza invencible impele al hombre hácia lo por venir; esta vida rápida no basta ni á la conciencia del justo, ni á la del malo; es indispensable, para igualar el terror del uno, los deseos y la esperanza del otro, alguna cosa infinita como el poder de Dios, y eterna como su justicia.

Algunos insensatos, es verdad, han buscado la nada en la obra inmensa del Criador; la han llamado á gritos en medio del universo; y sola la vida les ha respondido haciendo resonar de mundo en mundo sus ecos.

Otros insensatos, dando por regla á la bondad de Dios y á sus juicios su débil razon, han desechado, no han querido admitir el dogma de las penas pasajeras, la invocacion de los santos, la oracion por los muertos, rompiendo de este modo uno de los mas dulces vínculos de la sociedad religiosa universal, y no dejando entre el corazon del hombre y el objeto de sus pesares,

mas que el silencio del sepulcro. Pero su falsa sabiduría está confundida por la tradicion unánime de los pueblos; y en tanto que estos hombres duros y presuntuosos se separan igualmente de las almas bienaventuradas que de aquellas que padecen, porque su espíritu grosero no concibe otro medio de comunicacion que los sentidos, todas las naciones de la tierra y todas las edades repiten: *Santo es y saludable el pensamiento de orar por los difuntos, para que sean libres de sus pecados*¹.

El pecado mismo, y el modo con que se introdujo en el mundo, son tambien la materia de una tradicion, no menos antigua y general; y el dogma terrible de la caída de nuestro primer padre

¹ *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut à peccatis solvantur.* (Maccab., lib. II, cap. xii. 46.) La gracion por los muertos es una de las innovaciones echadas en cara por los protestantes á la Iglesia católica; y, desde el siglo segundo, decia Tertuliano: «La esposa pide por el alma de su esposo; pide por él el alivio; presenta ofrendas (ó, mas probablemente, hace ofrecer por él el santo sacrificio) en el día aniversario de su muerte.» *Enimverò et pro animá ejus orat, et refrigerium interim adpostulat ei, et in primá resurrectione consortium, et offert annuis diebus dormitionis ejus.* De monogam., cap. x. *Oper.*, pág. 351. Ed. Rigalt.

y de la corrupcion de la naturaleza humana, se ve por todas partes, es uno de los fundamentos de la religion universal, como lo observa Voltaire, en un pasage que hemos citado al principio del precedente tomo¹.

« Este dogma fundamental del Cristianismo, » dice el abate Foucher, « no era ignorado en los tiempos antiguos. Los pueblos mas cercanos que nosotros al origen del mundo, sabian por una tradicion uniforme y constante, que el primer hombre habia prevaricado, y que su crimen habia atraido la maldicion de Dios sobre toda su posteridad.

« Por otra parte, se puede decir que el pecado original es un hecho notorio y palpable. Todos los hombres nacen con inclinaciones depravadas, prontos á todos los vicios y enemigos de la virtud. Su vida en la tierra es visiblemente un estado de miseria y de castigo. Es, pues, manifiesto que el hombre no es tal cual deberia ser, ni tal cual salió de las manos del Criador².

¹ Véase la part. IV, cap. II.

² *Mém. de l'Acad. des Inscript.*, tom. LXXIV, p. 592 y 595.

Ciceron, que ha pintado tan elocuentemente la grandeza de la naturaleza humana, no deja de admirarse de los asombrosos contrastes que presenta esta misma naturaleza, sujeta á tantas miserias, á enfermedades, pesares, temores, y á las pasiones mas envilecedoras; de modo que, forzado á reconocer algo de *divino* en el hombre, tan infeliz y tan degradado, no sabe de qué manera definirle, y le llama *un alma arruinada*¹.

Y he aquí porque en Platon, Sócrates recuerda á sus discipulos que aquellos que establecieron los *misterios*, y que *no son dignos*, dice, *de desprecio*, enseñaban, siguiendo á los antiguos, que cualquiera que muere sin estar *purificado*, queda en los infiernos sepultado *en el cieno*; y que *aquel que ha sido purificado habita con los dioses*².

¹ Homo non ut à matre, sed ut à novercâ naturâ editus est in vitam corpore nudo, et fragili, et infirmo; animo autem anxio ad molestias, humili ad timores, molli ad labores, prono ad libidines: in quo tamen inest tanquàm obrutus quidam divinus ignis ingenii et mentis. De Republ., lib. III. ap. August., lib. IV contr. Pelag.

² Καὶ κινδυνεύουσι καὶ οἱ τὰς τελετὰς ἡμῶν οὕτοι κατασθῆσαντες, οὐ φάλοιοι τινες εἶναι, ἀλλὰ τῶ ὄντι πάλα ἀνίστασθαι, ὅτι

Todos los teólogos antiguos y poetas decían, segun refiere Filólao el pitagórico, *que el alma estaba sepultada en el cuerpo, como en una tumba en castigo de algun pecado*¹. Esta era tambien la doctrina de los Orficos²; y como al mismo tiempo se reconocia que el hombre habia salido bueno de las manos de Dios, y que antes habia vivido en un estado de pureza é inocencia³, el

ὅς ἂν ἀμίμητος καὶ ἀτέλεστος εἰς ἄδου ἀφίηται, ἐν βορβόρῳ κείσεται ὁ δὲ κεκαθαρμένος τε καὶ τετελεσμένος, ἐκείτῃ ἀφιόμενος, μετὰ θεῶν οἰήσει. (Phaed., Oper., t. I, p. 157. Edic. Biont.) — Semejantes ideas se hallan tambien entre los Negros de Cabo de Monte. Dan crédito á la necesidad de una *regeneracion*. Preciso es, dicen, *morir y renacer*. Para esto tienen ceremonias misteriosas, una como iniciacion á que dan el nombre de *Belly-Paaro*. « Muere uno, pasa por el fuego, muda completamente las costumbres, *despójase de su corrupcion*, y la reviste la *inteligencia espiritual*. Recibe un entendimiento nuevo. » Hist. des relig., t. I, p. 191.

¹ Λέγει δὲ γὰρ ὁ Πυθαγορεῖος Φιλόλαος ὡς μαρτυροῦνται δὲ καὶ οἱ παλαιοὶ θεολόγοι τε καὶ μαγτεῖς ὡς διὰ τινὸς ἀμαρτίας ἢ ψυχῆ τῷ σώματι συνέζευκται, καὶ καθόπερ ἐν σώματι τούτῳ τέθειται. CLEM. ALEX., Strom., lib. III, p. 453.

² PLATON., Cratyl., Oper., tom. III, p. 264.

³ DICREARCH., Ap. Porphyr., De Abstin., lib. IV, p. 543. — PLAT., In Philæb.

crimen por que era castigado, era por consiguien-
te posterior á su creacion.

¿Pero cómo el crimen de un solo hombre ha
infestado toda su raza? ¿Cómo los hijos pueden
pagar justamente la pena de la falta de sus pa-
dres? Ellos la padecen y la pagan; este es un
hecho constante, y que por tanto no es necesá-
rio explicar. Dios es justo y nosotros somos cas-
tigados, he aquí lo que es indispensable que se-
pamos; lo demas no es para nosotros mas que
una *pura curiosidad*.

Una razon sabia puede sin embargo descubrir
alguna luz en este misterio profundo, y la filoso-
fia antigua, tomando por guia la tradicion, único
método que puede dar una base sólida y una
regla segura al raciocinio, se elevó, sobre la cues-
tion tan difícil como importante de *la imputacion
de los delitos*, á consideraciones hermosisimas.

Plutarco, en su Tratado *acerca de las dilacio-
nes de la justicia divina*, hace desde luego ob-
servar que *hay seres colectivos* que pueden ser
culpables de ciertos crímenes, lo mismo que los
seres individuales, « Un Estado por ejemplo es, »
dice, « una misma cosa continuada, un todo se-

« mejante á un animal que es siempre el mismo,
« y cuya identidad no puede alterar la edad.
« Siendo, pues, el Estado siempre *uno*, mientras
« que la asociacion mantiene la unidad, el mé-
« rito y el demérito, la recompensa y el castigo,
« por todo lo que se hace en comun, se distribu-
« yen en él justamente, lo mismo que al hombre
« individual ».

« Pero, » añade Plutarco, « si el Estado debe
« considerarse bajo este punto de vista, lo mismo
« debe suceder con una familia procedente de
« un tronco comun, del cual tiene no sé qué
« fuerza oculta, no sé qué comunicacion de esen-
« cias y de calidades, que se extiende á todos
« los individuos de la generacion. Los seres pro-
« ducidos por la generacion, en nada se parecen
« á las producciones del arte. Con respecto á
« estas, al punto que la obra está acabada, se se-
« para de la mano del artífice y ya no le perte-
« nece: está bien hecha *por él*, mas no *de él*. Por

» *Sur les délais de la justice divine dans la punition des
coupables*, traduccion del conde de Maistre, pág. 48. Leou.
1816.

« el contrario, lo que es engendrado proviene
« de la substancia misma del Ser generador, de
« tal modo que tiene *de él* alguna cosa que es
« justisimamente castigada ó recompensada por
« él; porque esta alguna cosa es él. »

Segun la doctrina de los Persas, *Meschia* y *Meschiane*, ó el primer hombre y la primera muger, eran al principio puros, y estaban sometidos á Ormuzd, su autor. Ahriman los vió, y tuvo envidia de su felicidad. Se les acercó bajo la forma de una culebra, les ofreció frutas, y les persuadió que él era el autor del hombre, de los animales, de las plantas y de aquel bello universo que habitaban. Le creyeron; y desde entonces Ahriman fué su señor. Se corrompió su naturaleza; y esta corrupcion infectó toda su posteridad¹.

Así el pecado no viene de Ormuzd; sino que ha sido producido, dice Zoroastro, por el Ser oculto en el crimen, ó Ahriman². Segun los Parsis,

¹ *Sur les délits de la just. div., etc.*, pág. 50 y 51.

² *Vendidad-Sade*, pág. 505, 428.

³ *Exposition du système théologique des Perses*, tiré des

hay manchas que vienen con el hombre al nacer¹.

Por lo demas Mauricio ha probado que la historia de Adan y su caída, tal cual Moises la refiere, está confirmada por los monumentos y tradiciones de los Indios². El prueba tambien que los druidas enseñaban la doctrina del pecado original³. El mismo Voltaire confiesa que los bra-
mas « creian que el hombre estaba decaído y de-
« generado; esta idea se encuentra, » añade, « en
« todos los pueblos antiguos⁴. »

Confucio, despues de haber dicho que la razon es un presente del cielo, añade: « La concupis-
« cencia le ha desordenado, y se han mezclado

livres Zends, Pehlvis et Parsis, par Anquetil du Perron. *Mémoires de l'Acad. des Inscript.*, tom. LXIX, pág. 184.

¹ *Ibid.*, pág. 256.

² MAURICE'S *history of Hindostan*, vol. I, cap. xi. *Ibid.*, *Indian. Antiq.*, vol. V, pág. 657. — Véase tambien á MAIMON, *Ductor dubitant*, part. III, cap. XXIX, y MENDEZ DE PINTO: *Viage por Europa, Asia y Africa, etc.* — ABRAHAM ROGER, y las *Asiatic researches*. Hasta el mismo nombre de Adan era conocido por los Persas é Indios, y por todos los pueblos antiguos del Oriente.

³ *Indian. Antiquit.*, vol. VI, pág. 55.

⁴ *Additions à l'Hist. générale*, p. 17; edic. de 1765.

« con él muchas impurezas. Para que ella, pues, « recupere su primer lustre, y tenga toda su « perfeccion, quitad y apartad de ella estas impu- « rezas* ». Su principio, observa el autor de quien hemos tomado esta cita, es que, habiendo decaído el hombre de la perfeccion de su naturaleza, se halla corrompido por pasiones y preocupaciones; de modo que es necesario traerle de nuevo á la recta razon y renovarle*.

El filósofo Tchouangsé enseñaba, conforme á la doctrina de los King ó libros sagrados de los Chinos, « que en el estado del primer cielo el « hombre estaba unido en lo interior á la ra- « zon soberana, y en lo exterior practicaba to- « das las obras de justicia. El corazon se regoci- « jaba en la verdad. No habia en él mezcla al- « guna de falsedad. Entonces las cuatro estacion- « nes del año seguian un orden arreglado y sin « confusion..... Nada hacia daño al hombre, y « el hombre nada dañaba. Una armonia univer-

* Este pasage se encuentra en el libro titulado *Ta-Hio*. Véase *Morale de Confucius*, pág. 50.

* *Ibid.*, pág. 139. — Véase tambien: *De la Philosophie des Chinois*. *OEuvres de Diderot*, tom. 1, pág. 579; edic. de 1775.

« sal reinaba en la naturaleza toda. » Pero segun la misma tradicion, « las columnas del cielo se « rompieron; la tierra se conmovió hasta en sus « fundamentos..... Habiéndose rebelado el hom- « bre contra el cielo, se desconcertó el sistema « del universo, y, turbada la armonia general, « los males y crímenes inundaron la superficie « de la tierra* ».

Todos estos males han venido, dice el libro *Li-Kiyki* porque « el hombre desprecio el sobe- « rano imperio. Quiso disputar sobre lo verda- « dero y lo falso; y estas disputas ahuyentaron « de él la razon eterna. Volvió su vista luego á « los objetos terrenos, y los amó demasiamen- « te; de aquí nacieron las pasiones..... He aquí « el origen primitivo de todos los crímenes; y « para castigarlos fué para lo que el cielo envió « todos los males* ».

* Estas son las palabras mismas de *Houanantse*, y de los filósofos *Fentsé* y *Lietsé*, que vivieron mucho tiempo antes que él. Véase RAMSAY, *Discourses on the Mytholog.*, pág. 146-148.

* *Ibid.*, pág. 149 y 150. — Se ha conservado la tradicion de la caída original del hombre hasta en los antiguos caracteres que componen la lengua escrita de los Chinos. El signo de la muger,

« La madre de nuestra carne, ó la muger de la serpiente Cihuacohuatl, es célebre en las tradiciones mejicanas, que la representan decaída de su primer estado de felicidad y de inocencia¹. Se ha descubierto, no hace mucho, cerca de una ciudad de Pensilvania un monumento que prueba que esta misma tradicion estaba extendida por toda América². Pero bastan dos solos hechos para probar que la caída del hombre y la corrupción de nuestra naturaleza, fueron siempre una creencia universal.

significa entre otras, *macula . defectus . alios in malis implicare*. Véase el *Dictionnaire chinois de M. de Guignes*.

¹ DE HUMBOLDT, *Vues des Cordillères et monum. de l'Amérique*, tom. I. pág. 257 y 274; tom. II. pág. 498.

² « En el último otoño, se movió un huracan violento cerca de Brownsvell, en la parte occidental de la Pensilvania, y desarraigó una enorme encina, cuya caída dejó descubierta una superficie de piedra de cerca de diez y seis pies cuadrados, sobre la cual estaban grabadas muchas figuras: entre otras, dos de figura humana, representando un hombre y una muger separados por un árbol. La última tiene frutas en la mano. En el resto de la piedra se ven esculpidos ciervos, osos y pájaros. Esta encina tenia por lo menos de quinientos á seiscientos años de edad; por tanto las figuras debieron esculpirse mucho tiempo antes del descubrimiento de la América por Colon. » *Annales de la littérature et des arts*, tom. X, pág. 286 y 287.

Y si no fuese así; ¿de dónde podia venir el uso de los sacrificios? ¿Cuál seria su fundamento, su razon? ¿Por qué derramar la sangre, y, con mucha frecuencia, hasta la sangre humana, si no hubiese reinado en todas partes la persuasion de que el hombre debia á Dios una gran satisfaccion, y que era para el un objeto de cólera? ¿A qué venian tantas expiaciones, si nada habia que expiar; ni tantas hostias si no habia culpables? La conciencia despertada en todas partes por la tradicion, trataba de mitigar por estos medios al cielo irritado, y de suspender los castigos, cuya justicia conocia; y el género humano condenado á muerte pensaba menos, ¿cosa muy digna de notarse! en pedir su perdon, que en redimirse por la substitution de otra víctima.

Estaba tan profundamente grabada en los espíritus en toda la antigüedad, la idea de que naciamos impuros y criminales, que en todos los

« Entre tantas religiones diferentes, no hay una que no tenga por fin principal las expiaciones. El hombre ha conocido siempre que tenia necesidad de clemencia. » VOLTARE, *Essai sur l'hist. génér., et sur les Mœurs et l'esprit des nations*. t. III, cap. CXX, pág. 205. Edic. de 1756.

pueblos había ritos expiatorios para purificar al niño luego que nacia¹. Ordinariamente se verificaba esta ceremonia el día en que se le ponía nombre. Este día, entre los Romanos, era el noveno para los varones, y el octavo para las mugeres². Se le llamaba *lustricus*, á causa del agua lustral de que se usaba para esta purificacion³. Los Egipcios⁴, Persas⁵ y Griegos⁶, tenían una

¹ De toda antigüedad los Sabeos purificaban sus hijos recién nacidos, haciéndolos pasar por el fuego. *persuadidos á que, si no les hacian esto, se moririan*, dice Maimónides. *More Nevoch*, part. III, cap. xxxvii, p. 449.

² MACROB., *Saturn.*, lib. I.

³ FEST., *De verb. signific.*

⁴ *Analyse de l'inscript. de Rosette*, p. 443.

⁵ « Observarémos que los Parsis tuvieron siempre un bautismo. « El bautismo es comun á todas las naciones antiguas del Oriente. » (VOLTAIRE, *Remarq. sur l'hist. gén.*, § 41, pág. 41). — La puerta XXVI del *Sadder* exige que se administre el bautismo al niño recién nacido. Entre los Gauros, « toma el ministro agua limpia « que echa en la corteza de cierto árbol que crece por lo comun « á Jezd, en Persia, y que llaman *hom*. Después coge de esta « agua con la mano, y derramándola sobre el niño, ruega á Dios « para que se digne limpiarle de las manchas de su padre é impureza natural de su madre. Hecho esto, salen todos y se inscribe al niño en el libro de los verdaderos creyentes. » *Hist. des Relig.*, etc., tom. I, pág. 88.

⁶ Daban á esta ceremonia el nombre de *ἀμφιρόμια* por que

costumbre semejante. En Yucatan se llevaba el niño al templo, donde el sacerdote derramaba sobre su cabeza el agua destinada á este uso, y le ponía nombre. En las Canarias eran las mugeres las que desempeñaban esta funcion en lugar de los sacerdotes¹. Las mismas expiaciones estaban prescriptas por la ley entre los Mejicanos².

daban vueltas al rededor del hogar y de los dioses Lares, teniendo en brazos al recién nacido.

¹ CARLI, *Lettres amér.*, tom. I, pág. 146 y 147.

² « Todos los pormenores de esta tabla de la ley mejicana, recuerdan el bautismo de los prosélitos del judaismo. » (DE HUMBOLDT, *Vues des Cordillères et des monumens de l'Amérique*, t. II, p. 512.) No es sola esta la analogía que se advirtió entre los usos y tradiciones mejicanas, y los usos y tradiciones de los judíos, y aun de los cristianos. Se hallaba entre ellos, « además « de sus tradiciones sobre la madre de los hombres, decaída de « su primer estado de felicidad y de inocencia, la idea de una « grande inundacion, en la cual se escapó una sola familia sobre « una balsa; la historia de un edificio piramidal elevado por el orgullo de los hombres y destruido por la cólera de los dioses; « ídolos hechos con harina amasada de maiz, y distribuidos en « particillas al pueblo reunido en el recinto de los templos; las « declaraciones de sus pecados hechas por los penitentes; asociaciones religiosas que se parecían á nuestros conventos de hombres y mugeres. » (*Ibid.*, t. I, p. 237 y 238.) Véase tambien CARLI, *Lett. amér.*, t. I, p. 151-154.

« La partera, invocando al dios Ometeuctli * y
 « á la diosa Omecihuatl, que viven en la man-
 « sion de los bienaventurados, echaba agua so-
 « bre la frente y pecho del recién nacido: des-
 « pues de haber dicho diferentes oraciones †, en
 « las cuales se consideraba el agua como simbolo
 « de la purificación del alma, la partera hacia se
 « acercasen algunos niños que se convidaban pa-
 « ra que le pusiesen nombre. En algunas provin-
 « cias se encendia fuego al mismo tiempo, y se
 « aparentaba pasar al niño por la llama, como
 « para purificarle á un tiempo con el fuego y el
 « agua. Esta ceremonia recuerda ciertos usos,
 « cuyo origen, en Asia, parece se pierde en una
 « remota antigüedad ‡ »

Los Tibetanos tambien tienen otras expiacion-
 nes semejantes †. En la India, cuando se pone
 nombre á un niño, despues de haber escrito este
 nombre en su frente, y de haberle sumergido

* El Dios del Paraíso celeste.

† CLAVIGERO, t. II, p. 86.

‡ DE HUMBOLDT, *Vues des Cordilliers, et monum. de l'Amé-
 rig.*, t. I, p. 225.

§ *Alphab. thib.* Pref., p. xxxi.

tres veces en agua del rio, el brama exclama en
 voz alta: « ¡O Dios puro, único, invisible, eter-
 « no y perfecto! Nosotros te ofrecemos este niño
 « nacido de una tribu santa, ungido con el oleo
 « incorruptible, y purificado con agua †. »

Hemos visto que la corrupcion de nuestra na-
 raleza, de resultas de un primer pecado, era un
 punto de la doctrina enseñada en los misterios.
 El libro sexto de la Eneida, no es otra cosa que
 una exposicion brillante de esta doctrina; y tal
 vez la antigüedad nada ofrece que pruebe mas
 el poder de la tradicion sobre el espíritu huma-
 no, que el pasage de este libro en que el poeta,
 penetrando con Eneas en la mansion de los muer-
 tos, describe en versos magnificos el espectáculo
 lúgubre que se presenta luego á sus ojos; por-
 que, si algo hay en el mundo que despierte en
 nosotros la idea de la inocencia, seguramente es
 el niño que no ha podido todavia cometer el mal,
 ni aun conocerlo; y suponer que está sujeto á
 castigos y padecimientos es una idea que tras-
 pasa el alma. Sin embargo Virgilio, el tierno Vir-

† *Extrait des travaux de la société de Calcutta.*

gilio, coloca los niños muertos cuando todavía mamaban, antes de haber tomado el gusto á la vida, á la entrada de los reinos tristes, donde los representa en un estado de pena, llorando y dando un largo gemido, *vagitus ingens*¹. ¿Por qué estos llantos, estas voces dolorosas y este grito despedazador? ¿Qué falta pagan estos pequeñuelos, que ni aun han llegado á sonreirse con sus madres²? ¿Quién ha podido sugerir al poeta esta ficcion asombrosa? ¿Cuál es su fundamento? ¿De dónde viene sino de la antigua creencia de que el hombre nace en pecado³?

Mas, si él ha conocido siempre y confesado su degradacion, tambien siempre la esperanza de ser restablecido un dia en su primitivo estado, ha sostenido su valor, y bajo el peso del crimen,

¹ *Continuò audita voces, vagitus et ingens,
Infantumque animas fletus in limine primo:
Quos dulcis vitæ exortes, et ab ubere raptos
Abstulit atra dies, et funere mersit acerbo.*

Æneid. lib. VI, v. 426—429.

² *..... Cui non risere parentes.*

VIRGIL., Eclog. VI, v. 62.

³ « He sido engendrado en la iniquidad, y mi madre me ha concebido en pecado. » (*Psal. L. 7.*) segun el hebreo.

que todo le recordaba, tanto fuera como dentro de sí mismo, ha podido todavía levantar los ojos al cielo sin terror. Todos los pueblos han esperado un Libertador, un personaje misterioso, divino, que segun los antiguos oráculos, debía traerles la salud, y reconciliarles con el Eterno.

« A pesar de la ignorancia y depravacion introducidas por la idolatria, la tradicion de esta promesa se ha conservado todavía lo bastante para que percibamos sus vestigios entre los antiguos. La opinion que ha reinado en todos los pueblos, y que ha corrido entre ellos desde el principio, de la necesidad de un Mediador, me parece ser una consecuencia de ella. Todos los hombres, convencidos de su ignorancia y miseria, se han tenido por demasiado viles é impuros para osar lisonjearse de poder comunicar por sí mismos con Dios; han estado universalmente persuadidos de que les era indispensable un mediador, por medio del cual pudiesen presentarle sus votos, ser oidos favorablemente, y recibir los socorros de que necesitaban. Mas habiéndose obscurecido entre ellos la Revelacion, y habiendo perdido de vista

« los hombres al único mediador que les estaba
 « prometido, le substituyeron mediadores que
 « ellos mismos se eligieron; de aquí nació el culto
 « de los planetas y estrellas, que tuvieron por
 « tabernáculos y morada de las inteligencias que
 « arreglaban sus movimientos: tomando estas in-
 « teligencias por seres medios entre Dios y ellos,
 « creyeron que podían servirles de mediadores;
 « por consecuencia, se dirigieron á ellos para
 « conservar el comercio siempre necesario entre
 « Dios y su criatura; les ofrecieron sus votos y
 « oraciones con la esperanza de que por su con-
 « ducto alcanzarían de Dios los bienes que le
 « pedían. Tales han sido las ideas generalmente
 « recibidas entre los pueblos de todo país y de
 « todo tiempo.

« Pero aquellos que se hallaban mas instrui-
 « dos en las primitivas tradiciones del género
 « humano, conocieron perfectamente la insufi-
 « ciencia de tales mediadores; y no solamente
 « desearon ser instruidos por Dios, sino que
 « también esperaron que el Ser supremo ven-
 « dría un día á socorrerles; les enviaría un doc-
 « tor que dispase las tinieblas de su ignorancia,

« les ilustraría sobre la naturaleza del culto que
 « exige, y les proporcionaría los medios de re-
 « parar la naturaleza corrompida¹. »

El sabio Prideaux, reconoce también que « la
 « necesidad de un mediador entre Dios y los
 « hombres, era desde el principio una opinión
 « dominante en todos los pueblos². »

Job, mas antiguo que Moises, é idumeo de
 nación, ponía toda su esperanza en este media-
 dor necesario, que era al mismo tiempo el Li-
 bertador prometido. « Yo sé que mi Redentor
 « está vivo, y que resucitaré de la tierra en el
 « último día, y que de nuevo seré revestido de
 « mi carne, y en mi carne yo veré á mi Dios. Yo
 « le veré, yo mismo, y no otro, y mis ojos le
 « contemplarán: esta esperanza reposa en mi
 « seno³. »

¹ MIGNOT, *Mém. de l'Acad. des Inscript.* t. LXV, p. 4 y 5.

² *Hist. des Juifs*, part. I, lib. III, t. I, p. 395. Paris, 1726.

³ *Scio enim quod redemptor meus vivit, et in novissimo die de terrá surrecturus sum: et rursúm circumdabor pelle meá, et in carne meá videbo Deum meum; quem visurus sum ego ipse, et oculi mei conspecturi sunt, et non alius: reposita est hæc spes mea in sinu meo.* JOB XIX, 25—27.

La tradicion de un Redentor, extendida, como se ha visto, desde las primeras edades, en Oriente, subia por Noé y los patriarcas hasta el origen del mundo; y Dios, para evitar el olvido en que, tal vez, hubiera podido caer, la recordaba á los hombres en los tiempos antiguos, por medio de profecias que se sucedian. Así es, que el hijo de Beor, sacerdote del verdadero Dios, á lo que parece, revelando á las naciones su *palabra, la doctrina del Altísimo, y las visiones del Todopoderoso*, exclamaba quince siglos antes de la venida de Jesucristo: « Yo le veré, pero no ahora; yo le contemplaré, pero no de cerca. La Estrella se elevará de Jacob, y el Cetro de Israel: de Jacob saldrá aquel que debe reinar. »

« La religion de Balaam era sana, aunque él tuviese el corazón corrompido ». (P. FOUCHER, *Mém. de l'Acad. des Inscriptions*, t. LXVI, p. 152.) — *Charitas ei deerat*, dice S. Agustín. *De div. Quæst. ad Simplician.*, l. II, cuest. I, n. 9.

« *Dixit Balaam filius Beor.... dixit auditor sermonum Dei; qui novit doctrinam Altissimi, et visiones Omnipotentis videt.... Videbo eum, sed non modo; intuebor illum, sed non propè. Orietur stella ex Jacob, et consurget Vírga de Israël.... De Jacob erit qui dominetur.* Num. XXIV, 45, 16, 47, 49.

Los mismos términos de la profecía hacen ver claramente que ella se refiere á una creencia anterior, y á un personage conocido, pero envuelto en una obscuridad misteriosa; porque, antes del cumplimiento de las promesas, los hombres no podian ni debian tener un conocimiento del Mesías tan perfecto como despues de su venida. Sin embargo Job le llama *Dios* expresísimamente é indica que este Dios se revestirá de un cuerpo, pues que él lo ha de ver *en su carne y sus ojos* le han de contemplar.

« Anunciando la aparicion de un Salvador victorioso, quería el Altísimo, » dice Faber, « impedir que las naciones cayesen en la desesperacion ó en la ignorancia. Nosotros vemos efectivamente que una viva expectacion de un libertador y reparador poderoso, vencedor de la serpiente é hijo del Dios supremo, expectacion derivada en parte de la profecía de Balaam, y en parte de la tradicion mas antigua

« La profecía de Bilám ó Balaám, hijo de Beor, estaba » dice d'Herbelot. « muy extendida por todo el Oriente. » *Biblioth. orient.* art. *Zerdascht*, t. VI, p. 510.